REQUIEM POR EL DR. LUIS CALANDRE

(† 29-IX-61)

NI campanas ni yunques: corazones en duelo
perdiendo a su pastor, también de los espíritus.
¡Cuánto paciente amor, qué inteligente y lúcida
su medicina humana completando la docta!

Se llegaba ante él con una gruesa carga
de oscuros sobresaltos o de tenaz asfixia,
para dejar la orilla de una mar acuciante
y acceder a la luz de una esperanza cierta.

Era un hombre sencillo, siendo complejo y vario;
era parco en decir, conteniendo pasiones;
tuvo nobles silencios y suaves palabras
porque señoreaba su sangre, sometida.

Siempre entregó su ayuda, su consuelo, su dádiva.
Jamás escatimó ni su propia existencia.
Estaba cierto o no; dudaba o no creía,
¡y él era tan seguro como sólo la fe!

Integro, invariable, acogedor y puro,
trabajando en la incierta criatura de los pechos.
Tierna sabiduría, amansada ternura,
para calmar el áspero batallar que nos mueve.

Palabra sopesada para no herir a nadie
(y un torrente domado de pasión consecuente).
En los ojos la llama de inteligencia aguda,
y en los labios sonrisa disculpadora, leve...

Pesara el tiempo o no, permanecía en su sitio;
supo perseverar inmutable y salvado,

en tantos años duros de los que bien se saben
el valor de la vida con dignidad en la frente.

Igual que nos vivió—con discreta armonía—
se nos quiso alejar, impidiéndonos verle
ya su rostro postrero, ya su sonrisa última...
San Miguel el Arcángel ayudóle en su tránsito.

En sus manos besé, cuando la muerte estaba
devorando tenaz su ancho gesto de amigo,
lo mejor que se puede besar en unas manos:
la arrogancia del hombre que nunca quiso nada.

Nadie eleve la voz para llorarle, nadie
diga largos discursos acerca de su muerte.
Era un claro varón mediterráneo, un médico
del corazón y el alma, nuestro Doctor Calandre.

Madrid, 4 de octubre de 1961.



CARMEN CONDE